

Hijo de un pintor y profesor de dibujo, Manuel Hernández Mompó nace en Valencia en 1927. Estudia en la Escuela de Arte y Oficios Artísticos y en la Escuela de Bellas Artes de San Carlos de su ciudad natal. En 1950 pasa seis meses en París, donde hace amistad con los artistas españoles Juana Francés, Pablo Palazuelo y Eduardo Chillida. En 1954 reside en la Academia Española de Bellas Artes de Roma y pasa un año en Holanda, donde se casa y nace su primera hija. Al año siguiente de su regreso a Madrid, en 1958, obtiene una Pensión de Bellas Artes de la Fundación Juan March para estudiar la técnica del mosaico. En 1963, una estancia en Ibiza aporta el elemento definitivo a su obra, la luz. El blanco dominará a partir de entonces los fondos de sus obras. Obtiene diversos premios y contacta con jóvenes artistas españoles como Saura, Millares, Pablo Serrano o Torner. En 1973 viaja a Estados Unidos, donde reside varios meses. Cuando regresa a España, fija su residencia en Mallorca, donde tras seis años de trabajo, surgen en 1977 sus primeras piezas sobre metacrilato, en las que trabaja hasta 1982. Inicia allí sus esculturas sobre planchas metálicas coloreadas, que expone por primera vez ese mismo año, en el Museo Nacional de Bellas Artes de Caracas. En 1982 abandona Alaró, pueblo mallorquín en el que residía, para regresar a Madrid. Sufre una primera operación de corazón. Expone en la colectiva «Pintura Abstracta Española, 1960-1970», de la Fundación Juan March. Desde 1982 hasta su muerte, diez años más tarde, Mompó participa activamente en las exposiciones de arte que se realizan en España. En 1987 es nombrado académico de la Real Academia de San Carlos de Valencia, y en 1990 recibe el premio al Mérito Cultural de la Generalitat Valenciana. Bajo el título «Mompó. Constelaciones, representaciones, signos», expone en el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM). Muere en Madrid, en 1992, a la edad de 65 años.

Según la historiadora Dolores Durán «Mompó se convirtió en un verdadero espectador callejero para el que, según sus propias palabras, el espectáculo de la calle se encontraba en constante cambio y movimiento. De esta convicción que pudiera parecer a priori sencilla, surgió con los años toda una galería iconográfica de personajes, situaciones y escenarios dispuestos a tomar por completo el terreno de lienzos y papeles.» «Ese ir y venir de lo cotidiano, que se traduce en un personal lenguaje de signos, referencias y esquemas gráficos, navega en cada obra de Mompó sobre un mar de luz que delata inmediatamente los orígenes mediterráneos del artista, la luz de Valencia, que se filtra por las rendijas del más oscuro de los rincones de un mercado.» «No sólo de la luz sino del color también fue audaz relator Mompó. Parte

del bullicio y el movimiento que fascinaron al artista no era otra cosa que ajeteo de colores moviéndose cada uno en su particular universo, ya fuera un mercado, ya una calle, ya una fiesta campestre. Y cada color adoptaba su papel jerárquico, cada uno con su función, partes de un todo organizado y articulado.» «Es interesante comprobar cómo ese color, que parece definitivo por lo que de sintético encierra, evoluciona con los años hasta encontrar una verdadera abstracción incluso de los tonos.»

«Manuel Hernández Mompó desarrolló a lo largo de aproximadamente cincuenta años un personal lenguaje que pasaría a la historia de nuestro país como uno de los más atractivos espíritus lúdicos de la pintura contemporánea, un espíritu que sin duda evolucionó, pero que mantuvo en lo esencial la coherencia de una persona que jamás abandonó su interés por todo aquello que pudiera representar el mundo de lo vivo, de lo móvil, de lo animado.» Entre las colecciones públicas, en las que se halla representado, destacan la de los museos de arte contemporáneo de Madrid, Cuenca y Valencia, el Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris, Pembroke College, Oxford, The Fog Art Museum, Harvard, entre otros.